

Guillermo Fernández o la memoria de los elefantes

Jorge Arzate Salgado

Los elefantes tienen una memoria macro-microscópica, o sea, exacta. Van acumulando historias todos los días, las atesoran para sí, las guardan en algún lugar de su cerebro que es como una caja fuerte. Además, esas historias son filtradas durante el sueño para que en la vigilia sean más puras, concretas y lúcidas al momento de recordarse. Recordar, recordar, recordar. Esa es su vida mundana, y como quien dice, natural.

Conocí a Guillermo Fernández a finales de 1996. Unas semanas antes, en Guadalajara, me había hablado de él Jorge Esquinca, quien me recomendó conocerlo, me dijo que vivía en Toluca, que era una persona extraordinaria y que debía buscarlo. Estaba esperando en la oficina de Virginia Aguirre, directora de *La Colmena*, la revista literaria de la Universidad Autónoma del Estado de México, cuando apareció, de inmediato me saludó y me preguntó quién era. Creo que sabía de mí porque me dijo “Ah, entonces tú eres...”, conversamos un poco, le comenté de mi entrevista con Esquinca y terminó por invitarme a su taller de poesía. Asistí al taller durante más de dos años, así como también algún tiempo a su taller de traducción al italiano.

Los elefantes no sueñan, reviven sus memorias durante la noche mientras que caminan o mueven sus orejas. Piensan una y otra vez lo vivido, reúnen conjeturas, rearmen las conversaciones o, de plano, inventan otras con las escuchadas. Con las imágenes del día conforman una constelación de nuevos significados, luego, se extrañan con esas palabras agrupadas como castillos y las repiten una y otra vez, es como si intentaran exprimir las palabras, sacarle más jugo a las frases. Eso sí, los elefantes nunca se cansan, y pueden pasar horas y horas en lo mismo. Realmente creo que son como fotógrafos de palabras y de recuerdos, son una suerte de artistas de la memoria. Nunca se aburren.

Durante esos años de tallerista pararon por ahí decenas de jóvenes poetas y algunos no tan jóvenes. La dinámica de la sesión era maravillosa. El ambiente era como el de una cofradía, se acudía religiosamente. El maestro hablaba sobre un tema o poeta de manera exhaustiva, se leían algunos textos de estos autores y se discutían. La parte



De la serie *Pastos II* (2008-2009).
Acrílico sobre madera: Martha Delgado Ponce.

más interesante era cuando se leían los poemas de los asistentes. Entonces el nerviosismo era intenso, un frío silencio campeaba en el salón. Luego las críticas saltaban una a una, la mayoría demoledoras, eran unos salvajes, la crítica era contundente, no había complacencia alguna. Eso era el taller. Luego el maestro invitaba a su casa o a la casa de algún compañero. La noche era larga, a veces muy pero muy larga, se bebía y se hablaba de todo, pero el tema central era la poesía en todas sus modalidades. Se prefería el tequila, pero igual el vino tinto venía bien y el café con cardamomo era la novedad. En verdad ahí se aprendía más que en las aulas universitarias de Ciencias Políticas.

Un día los elefantes decidieron migrar hacia una ciudad muy alta. Al llegar se quedaron alucinados al ver esa montaña tan hermosa, llena de nieve. Quizá, esos árboles delgados y también muy altos les encantaron, pero, con seguridad, lo que más les gustó fue el clima: más bien frío y húmedo. No tenían que lidiar con ese calor abrazador del trópico. Ahí se movían a la perfección y gracias a ese clima medio gélido podían continuar con su labor de traductores de la memoria. Así, sin descanso, rememoraban todo el día, casi 24 horas al día, todo el año, todos los años, minuto a minuto. Tejían esas historias como quien borda un río. Eran como campesinos de las historias, las cultivaban hasta ver la planta bien grande y bien hecha, para luego cosechar y volver a empezar. Un día uno de ellos descubrió el arte de la traducción de la memoria, su descubrimiento fue como un prodigio, fue su tabla de salvación.

Al taller de poesía “Joel Piedra” llegó todo tipo de personas, cultas, inspiradas, poco cultas y muy poco inspiradas, de todas las edades, la mayoría jóvenes y algunos mayorcitos. Yo creo que en esos años el taller era como una especie de secta, claro está, una secta de la poesía. Algo excéntrico para Toluca. Esta ciudad tan santa, tan puritana, pero también “tan putita”, como decía el maestro Fernández. No es bueno mencionar nombres, pero hay que decir que ahí se formaron o se terminaron de formar docenas de poetas jóvenes de Toluca y de otros lugares que hoy están dando muchos frutos y que darán bastante en los años venideros, es decir, sin Guillermo, en Toluca, no habría casi poetas ni poesía; por tanto, se carecería de todo sentido crítico de la vida. Tenemos, cada uno de nosotros, una enorme deuda con el taller y con su padre-mentor, Guillermo. Pocos intelectuales son tan generosos como él, la gran mayoría son más bien petulantes y odiosos por naturaleza, narcisos; por el contrario, Guillermo era la generosidad en persona. Abría su casa a quien quería, supongo que sentía un cierto morbo por las personas interesantes o que le parecían interesantes. Abría la puerta de su casa en la Colonia Científicos con todo el corazón, sin restricciones, y era su aula, cantina, biblioteca y oficina de trabajo. Ahí preparaba pastas deliciosas, algunas inventadas, como la pasta al achiote (que una vez hizo en mi cumpleaños y que devoramos casi sin decir

palabra, aunque él decía que había quedado mal). La generosidad era su don, su estrella, su estrategia y su destino. Era un buen maestro porque era generoso con el conocimiento y con el prójimo; no daba el conocimiento sino que lo infundía, lo regalaba así nada más, siempre y cuando viera o intuyera resultados en la persona. También corrió a mucha gente de su casa, era duro en ese sentido, inflexible; corrió sin miramientos a varios politiquillos, así como a más de un aprendiz de escritor.

Otro día, los elefantes decidieron ir hacia la montaña nevada. Los paquidermos subieron el volcán con paso firme y a fuerza de entereza llegaron a la cumbre. Quedaron deslumbrados por el paisaje lunar e imaginaron que las dos pequeñas lagunas de aguas cristalinas y verdosas eran el mar. Quedaron por horas extasiados allí, como piedras, mientras que en sus oídos retumbaban músicas cataclísmicas, que, a su vez, rememoraban otros planetas y constelaciones, música hecha con trombones, timbales y violines que anunciaban algo así como la canción de la tierra. Los elefantes aman la música más que nada en este mundo, pueden dejar de comer e, incluso, pueden dejar de rememorar por escuchar la música. Estos son hechos, les confieso, que nadie sabe, ni los especialistas en animales (son científicos, claro está), son cuestiones de fina intuición que se llegan a suponer después de conocer a un paquidermo gigante y poderoso.

Pero lo más importante de esta historia es que él tenía principios. Por ello se mofaba tanto de la poesía, de la literatura y de los poetas y escritores en general, los hacía pedazos, bailaba un jarabe tapatío en sus versitos y en sus actitudes mediocres y banales. Todo ello era un recurso contra sí mismo, contra toda vanidad y sentido del ego, que le parecía algo asqueroso. Esta posición frente al creador, tengo la hipótesis, no era más que una cura contra la maldad que la propia creación puede generar en el alma humana, ese mal que envilece al más inteligente hasta hacerle perder el piso y llegar a creerse dios. Guillermo detestaba la corrupción en todas o cualquiera de sus formas, y como gran y generoso amigo que era, detestaba la traición del amigo. Esto es lo que más le molestaba. Por supuesto, detestaba la corrupción de los políticos. Su postura nunca fue militante, sí reflexiva y terriblemente crítica, lo cual asumía como didáctica, pero lo hacía como una didáctica de la acción, de la práctica, la infundía subrepticamente entre sus pupilos-vasallos, y el método era, casi siempre, infalible. Todo esto es fundamental para la formación de un poeta. Conocía de forma excelente la obra de Marx, sabía más del tema que muchos politólogos que andan por el mundo con el título de doctorado, pero no le apasionaba el tema, lo suyo eran los versitos, las novelas, los ensayos de literatura, tanto de mexicanos como de italianos, sobre todo. También odiaba a los académicos de la lengua, pues los veía como burócratas de la cultura, por tanto, nunca se llevó bien con ellos, salvo en honrosas excepciones. En los últimos tiempos admiraba la poesía de Ramoneda.



De la serie *Pastos II* (2008-2009).
Acrílico sobre madera: Martha Delgado Ponce.

Los elefantes, a pesar de sus pesadas ocupaciones con la memoria, se enamoran. Éste es, como quien dice, su punto más flaco, su íntima debilidad. Y es que se enamoran de una manera total; además, luego son bien fieles. Esos enormes animales aman muchas cosas, como ya se dijo, la música es de lo más importante para ellos, así como un cierto arte —extraño— que supone componer con las palabras. Rememorar es parte de ese arte, el cual se convierte en una obsesión, en algo interminable que fluye desde sus pesadas patas hasta el último espacio de sus grandes orejas. Es como un hechizo, un toque eléctrico a los sentidos. Luego no duermen por estar componiendo, pensando nuevas declinaciones, recitando lo escuchado. Cansados, duermen poco y sueñan que regresan a lo alto de la cumbre, sólo para tomar un poco de nieve con sus trompas y llevarla a sus bocas. Los elefantes se quedaron muchos años en las tierras altas, eran felices, a su manera.

Guillermo era un hablantín, no paraba, no le gustaba que nadie le rivalizara; en sus tertulias era el amo y señor, era el centro de un universo lleno de nombres, de personajes, de poemas y novelas, de lugares y épocas lejanas, era como si la literatura se materializara en un tiempo insólito-infinito, a la vez que perenne, dramático en el fondo; solía repetir sus historias una y otra vez, de manera incansable, agregando uno que otro detalle. Eran historias fantásticas, llenas de humor negro, que hacían reír a carcajada abierta. Eso era el ring de la inteligencia. En esas horas, ya muy de noche o de madrugada, como se quiera, los tertulianos nos descubríamos a nosotros mismos como libros abiertos, de tal manera que nuestras conciencias experimentaban una especie de sensación de levedad. Creo, por ello, que eran horas eternas, creo que lo que hacía con esa fluidez de la palabra era construir poesía efímera, performances literarios efímeros, maravillosos *happening* de la memoria para y por el reconocimiento mutuo. No sé, pero supongo que la poesía, su flujo y voz interna es algo así. Luego, ya casi al final de la tertulia, se escuchaba a Toña la Negra, el “Amor perdido” de María Luisa Landín y alguna canción de Bola de Nieve. En verdad que era un memorioso de marca. Su memoria era envidiable, sin duda alguna tenía memoria de elefante. Estuve con él, echando trago, un día antes del fin de año de 2011, se sentía solo, pero esperaba con alegría la fiesta que sus cuates estaban preparando para celebrar sus ochenta años en octubre próximo.

Pero un día los elefantes se mueren. Sí, y toda la memoria aparece frente a todos los demás animales como una montaña vacía, como un cúmulo de nieve en el corazón. Es cuando la memoria se desvanece y no se puede hacer nada. Ya no estás. Entonces toda la felicidad de esos días se torna roja y hay sombras de vacío en la ciudad, en esta horrible-hermosa ciudad de estas tierras altas. Sí, tú, gigantón, memoria de elefante, gran amigo, hermano mayor, maestro, lector, poeta, traductor, donde quieras que estés, no nos olvides porque en nuestros adentros no te olvidaremos, y si puedes, por favor, sopla un poco de ese arte divino, el de rememorar con la palabra, para que caiga de vez en cuando en nuestro plato de sopa caliente y la podamos degustar. Nos veremos, por supuesto, mi gigante, mi siempre amigo, mi siempre joven Guillermo.

JORGE ARZATE SALGADO. Poeta y sociólogo. Es profesor e investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México.